

LIBRO OCTAVO,

Y ÚLTIMO DE LA TERCERA PARTE.

CONTIENE LA JORNADA DE MARÍA SANTÍSIMA CON SAN JUAN Á ÉFESO; EL GLORIOSO MARTIRIO DE SANTIAGO; LA MUERTE Y CASTIGO DE HERODES; LA DESTRUCCION DEL TEMPLO DE DIANA; LA VUELTA DE MARÍA SANTÍSIMA DE ÉFESO Á JERUSALEN; LA INSTRUCCION QUE DIÓ Á LOS EVANGELISTAS; EL ALTÍSIMO ESTADO QUE TUVO SU ALMA PURÍSIMA ANTES DE MORIR; SU FELICÍSIMO TRÁNSITO, SUBIDA Á LOS CIELOS, Y CORONACION.

CAPÍTULO I.

Parte de Jerusalem Maria santisima con san Juan para Éfeso; viene san Pablo de Damasco á Jerusalem; vuelve á ella Santiago; visita en Éfeso á la gran Reina: decláranse los secretos que en estos viajes sucedieron á todos.

Vuelta de la Madre de Dios de España al cenáculo.—Afectos de humildad y agradecimiento que hizo considerando el favor del Señor de haber ordenado se le dedicase templo viviendo en carne mortal.—Partida de María desde Jerusalem para Éfeso.—Su despedida de los dueños del cenáculo.—Visita que hizo de los Santos Lugares.—Preveniciones que hizo á los santos Ángeles que los guardan para su defensa en aquella persecucion.—Pobreza y humildad con que la Madre de Dios hizo esta jornada, desechando las conveniencias que los fieles la ofrecian.—Sus consideraciones en esta peregrinacion.—Acompañáronla los Ángeles en forma visible.—Cuidado y reverencia con que la iba subiendo san Juan.—Embarcacion de María, y lo que en aquella primera vista del mar conoció dél.—Razon de este conocimiento y su dilatacion.—Afectos que ejerció con la vista y penetracion de aquella hermosa criatura.—Pidió al Señor defendiese en los peligros del mar á los que la invocasen con devocion.—Promesa que hizo el Señor á los que llevasen alguna imágen de María, y la invocasen en las tormentas.—Mandó María á los peces del mar reconociesen y alabasen á su Criador.—Maravilloso efecto de este precepto de la Madre de Dios.—Admiracion que causó á los navegantes esta maravilla.—Solo san Juan conoció la causa.—Milagros que hizo la Madre de Dios en esta jornada.—Su llegada á Éfeso, recibimiento que la hicieron algunos fieles que allí habia.—Casa de unas dichosas mujeres en que fue por disposicion divina recibida, y tuvo su habitacion.—Ofrecimiento que hizo á Dios María de sí misma para cumplir su divina voluntad en

aquella ciudad.—Socorros que dispuso luego para la Iglesia por medio de sus oraciones y de los santos Ángeles.—Envió Ángeles que defendiesen a san Pablo en la jornada que hacia entonces á Jerusalem.—Ajústase el tiempo de esta jornada de san Pablo conforme á lo que él dice de ella.—Pruebábase este ajuste por el cómputo hecho arriba.—Razon urgente dél.—Tiempo que ocupó san Pablo en la predicacion de Arabia y en la de Damasco.—Razon de durar el temor dél en los discípulos tanto despues de su conversion.—Reconocimiento y adoracion que hizo san Pablo al Vicario de Dios estuviese en Jerusalem.—Júbilos con que san Pablo y los discípulos recibieron á san Pablo.—Conmocion de Jerusalem con la predicacion que en ella comenzó á hacer san Pablo.—Nueva opresion que sintieron los demonios por la virtud divina que estaba en san Pablo.—Persecucion que movieron contra el Apóstol.—Noticia que tuvo María en Éfeso del peligro de san Pablo.—Cuanto le asistió por medio de sus oraciones y los Ángeles.—Prometióla el Señor guardaria la vida del Apóstol.—Mandato del Señor que tuvo san Pablo para salir de Jerusalem en un éxtasis.—Comunicólo á san Pedro, y con su orden salió de Jerusalem á predicar á los gentiles.—Como era María instrumento de todas estas maravillas.—Singular cuidado que tenia de Santiago.—Supo de los Ángeles Santiago que la Madre de Dios estaba en Éfeso.—Partida de Santiago de España, y orden de su viaje.—Su llegada á Éfeso y á los piés de la Madre de Dios.—Recibimiento que le hizo María.—Tiempo que estuvo Santiago en Éfeso, y su ocupacion.—Palabras de ternísima caridad que dijo María á Santiago despidiéndole para el martirio.—Peticion que la hizo el Santo de que en el martirio le asistiese.—Exhortacion que hizo la Madre de Dios á Santiago confortándole para morir por Cristo.—Bendicion que le dió.—Peticion que hizo Santiago á la Madre de Dios por España.—Concedióla la Virgen.—Despedida de Santiago y san Juan.—Afectos que se despertaron en el corazon de María, de dar su vida por el Señor, y mérito deste incruento martirio.—Como debe la criatura referir á Dios cuanto recibe y obra.—Motivos de María en el ejercicio que hacia tan frecuente de postrarse en tierra.—Como se ha de pegar el alma con el polvo, cuando recibe algun favor divino á imitacion de la Madre de Dios.—En qué forma se ha de imitar á María en el uso pobre de las cosas para suplir las necesidades.—Vicioso engaño con que los mortales se apropiaban á sí los bienes de cuerpo y alma como si no fueran propios de Dios.—Consecuencias deste vicio.—Ejemplo poderoso para vencerlo.—Á dónde han de ir las ansias y deseos del alma perfecta.—Deseos de padecer lo que padecieron los Mártires, cómo han de ser.—Cómo han de ser los anhelos á la vision beatífica.

365. Volvió María santísima á Jerusalem en manos de Serafines desde Zaragoza, dejando mejorada y enriquecida aquella ciudad y reino de España con su presencia, con su proteccion y promesas, y con el templo que para título y monumento de su sagrado nombre le dejaba edificado Santiago, con asistencia y favor de los santos Ángeles. Al punto que la gran Señora del cielo y Reina de los Ángeles descendió de la nube ó trono en que la traian, y pisó el suelo

del cenáculo, se postró en él, pegándose con el polvo, para alabar al muy Alto por los favores y beneficios que con ella, con Santiago y aquellos reinos habia obrado su poderosa diestra en aquella milagrosa jornada. Y considerando con su inefable humildad, que en carne mortal se le edificaba el templo á su nombre y invocacion; de tal manera se aniquiló y deshizo en su estimacion en la divina presencia, como si totalmente se le olvidara que era Madre de Dios verdadera, criatura impecable, y superior en santidad sobre todos los supremos Serafines, excediéndoles sin medida. Tanto se humilló y agradeció estos beneficios, como si fuera un gusanillo, y la menor y mas pecadora de las criaturas. Y hizo juicio que debia levantarse sobre sí misma con esta deuda á nuevos grados de santidad mas alta y remontada. Así lo propuso y cumplió, llegando su sabiduría y humildad hasta donde no alcanza nuestra capacidad.

366. En estos ejercicios gastó lo mas de los cuatro dias despues que volvió á Jerusalem, y tambien en pedir con gran fervor por la defensa y aumento de la santa Iglesia. En el ínterin el evangelista san Juan prevenia la jornada y la embarcacion para Efeso, y al cuarto dia; que era el quinto de enero del año de cuarenta, le dió aviso san Juan como era tiempo de partir; porque habia embarcacion y estaba todo dispuesto para caminar. La gran Maestra de la obediencia sin réplica ni dilacion se puso de rodillas, y pidió licencia al Señor para salir del cenáculo y de Jerusalem; y luego se fué á despedir del dueño de la casa y de sus moradores. Bien se deja entender el dolor que á todos tocara de esta despedida; porque de la conversacion dulcísima de la Madre de la gracia, y de los favores y bienes que recibian de su liberal mano, estaban todos cautivos, presos, y rendidos á su amor y veneracion; y en un punto quedaron sin consuelo, y sin el tesoro riquísimo del cielo donde hallaban tantos bienes. Ofreciéronse todos á seguirla y acompañarla. Pero como esto no era conveniente, le pidieron con muchas lágrimas acelerase la vuelta, y no desamparase del todo aquella casa, de que tenia larga posesion. Agradeció la divina Madre estos ofrecimientos piadosos y caritativos, con agradables y humildes demostraciones; y con la esperanza de su vuelta les templó algo su dolor.

367. Pidió luego licencia á san Juan para visitar los Lugares Santos de nuestra redencion, y venerar en ellos con culto y adoracion al Señor que los consagró con su presencia y preciosa sangre; y en compañía del mismo Apóstol hizo estas sagradas estaciones con increíble devocion, lágrimas y reverencia; y san Juan, con

suma consolacion que recibió de acompañarla, ejercitó actos heróicos de las virtudes. Vió en los Lugares Santos la beatísima Madre á los santos Ángeles que en cada uno estaban para su guarda y defensa; y de nuevo les encargó resistiesen á Lucifer y sus demonios, para que no destruyesen ni profanasen con irreverencia aquellos lugares sagrados, como lo deseaban y lo intentarían por mano de los judíos incrédulos. Para esta defensa advirtió á los santos espíritus desvaneciesen con santas inspiraciones los malos pensamientos y sugerencias diabólicas, con que el dragon infernal procuraba inducir á los judíos y demás mortales, para borrar la memoria de Cristo nuestro Señor en aquellos Santos Lugares. Y para todos los siglos futuros les encargó este cuidado, porque la ira de los malignos espíritus duraria para siempre contra los lugares y obras de la redencion. Obedecieron los santos Ángeles á su Reina y Señora en todo lo que ordenó.

368. Hecha esta diligencia, pidió la bendicion á san Juan, puesta de rodillas, para caminar (como lo hacia con su Hijo santísimo¹); porque siempre ejercitó con el amado discípulo que le dejó en su lugar las dos virtudes grandiosas de obediencia y humildad. Muchos fieles de los que habia en Jerusalem la ofrecieron dineros, joyas y carrozas para el camino hasta el mar, y para todo el viaje lo necesario. Mas la prudentísima Señora con humildad y estimacion satisfizo á todos sin admitir cosa alguna. Y para las jornadas hasta el mar la sirvió un humilde jumentillo en que hizo el camino, como Reina de las virtudes y de los pobres. Acordábase de las jornadas y peregrinaciones que antes habia hecho con su Hijo santísimo y con su esposo Josef; y esta memoria, y el amor divino que la obligaba de nuevo á peregrinar, despertaban en su columbino corazon ternos y devotos afectos: y para ser en todo perfectísima, hizo nuevos afectos de resignacion en la voluntad divina, de carecer, por su gloria y exaltacion de su nombre, de la compañía de Hijo y Esposo en aquella jornada (que en otras habia tenido y gozado de tan gran consuelo), y de dejar la quietud del cenáculo, los Lugares Santos, y la compañía de muchos y fieles devotos; y alabó al Altísimo, porque la daba al discípulo amado para que la acompañase en estas ausencias.

369. Y para mayor alivio y consuelo en la jornada de la gran Reina, se le manifestaron al salir del cenáculo todos sus Ángeles en forma corpórea y visible, que la rodearon y cogieron en medio. Con

¹ Part. II, n. 698.

esta escolta de celestial escuadron , y la compañía humana de solo san Juan , caminó hasta el puerto donde estaba el navío que navegaba á Efeso. Gastó todo este camino en repetidos y dulces coloquios y cánticos con los espíritus soberanos en alabanza del Altísimo, y alguna vez con san Juan , que cuidadoso y oficioso la servia con admirable reverencia en todo lo que se ofrecia y el dichosísimo Apóstol conocia era menester. Esta solicitud de san Juan agradecia María santísima con increíble humildad ; porque las dos virtudes, gratitud y humildad, hacian en la Reina muy grandes los beneficios que recibia , y aunque se le debian por tantos títulos de obligacion y justicia, los reconocia como si fuesen favores y muy de gracia.

370. Llegaron al puerto, y luego se embarcaron en una nave con otros pasajeros. Entró la gran Reina del mundo en el mar, la primera vez que habia llegado á él por este modo: penetró y vió con suma claridad y comprehension todo aquel vastísimo piélago del mar Mediterráneo, y la comunicacion que tiene con el Océano. Vió su profundidad y altura , su longitud y latitud , las cavernas que tiene, y oculta disposicion, sus arenas y mineros, flujos y reflujos, sus animales, ballenas, variedad de peces grandes y pequeños, y cuanto en aquella portentosa criatura estaba encerrado. Conoció tambien cuantas personas en ella se habian anegado y perecido navegando, y se acordó de la verdad que dijo el Eclesiástico ⁴, de que cuentan los peligros del mar aquellos que le navegan: y lo de David ², que son admirables las elaciones y soberbia de sus hinchadas olas. Pudo conocer la divina Madre todo esto, así por especial dispensacion de su Hijo santísimo, como tambien porque gozaba en grado muy supremo de los privilegios y gracias de la naturaleza angélica, y de otra singular participacion de los divinos atributos, á imitacion, similitud y semejanza de la humanidad santísima de Cristo nuestro Salvador. Con estos dones y privilegios, no solo conocia todas las cosas como ellas son en sí mismas y sin engaño; pero la esfera de su conocimiento era mucho mas dilatada para penetrar y comprehender mas que los Ángeles.

371. Cuando á las potencias y sabiduría de la gran Reina se le propuso aquel dilatado mapa en que reverberaban como en espejo clarísimo la grandeza y omnipotencia del Criador; levantó su espíritu con vuelo ardentísimo hasta llegar al ser de Dios, que tanto resplandece en sus admirables criaturas; y en todas y por todas le dió

⁴ Eccli. XLIII, 26. — ² Psalm. XCII, 4.

alabanza, gloria y magnificencia. Y compadeciéndose como piadosa Madre de todos los que se entregan á la indómita fuerza del mar, para navegarle con tanto riesgo de sus vidas, hizo por ellos fervorosísima oracion, y pidió al Todopoderoso defendiese en aquellos peligros á todos los que en ellos invocasen su intercesion y nombre, pidiendo devotamente su amparo. Concedió luego el Señor esta peticion, y la dió su palabra de favorecer en los peligros del mar á los que llevasen alguna imágen suya, y con afecto llamasen en las tormentas á la estrella del mar María santísima. De esta promesa se entenderá, que si los católicos y fieles tienen malos sucesos, y perecen en las navegaciones, la causa es, porque ignoran este favor de la Reina de los Angeles, ó porque merecen por sus pecados no acordarse de ella en los tormentos que allí padecen, y no la llaman y piden su favor con verdadera fe y devocion; pues ni la palabra del Señor puede faltar ¹, ni la gran Madre se negaria á los necesitados y afligidos en el mar.

372. Sucedió tambien otra maravilla, y fue, cuando María santísima vió el mar y sus peces, y los demás animales marítimos, les dió á todos su bendicion, y les mandó que en el modo que les pertenecia reconociesen y alabasen á su Criador. Fue cosa admirable, que obedeciendo todos los pescados del mar á esta palabra de su Señora y Reina, acudieron con increíble velocidad á ponerse delante el navío, sin faltar de ningun género de estos animales, de quien no fuese innumerable multitud. Y rodeando todos la nave descubrian las cabezas fuera del agua, y con movimientos y meneos extraordinarios y agradables estuvieron grande rato como reconociendo á la Reina y Señora de las criaturas, dándola la obediencia, y festejándola, y como agradeciéndola que se dignase de haber entrado en el elemento y morada en que ellos vivian. Esta nueva maravilla extrañaron todos los que iban en el navío, como nunca vista. Y porque aquella multitud de peces grandes y pequeños, tan juntos y apiñados impedian algo á la nave para caminar, les motivó mas á atender y discurrir; pero no conocieron la causa de la novedad. Solo san Juan la entendió, y en mucho rato no pudo contener las lágrimas de alegría devota. Y pasando algun espacio, pidió á la divina Madre que diese su bendicion y licencia á los peces para que se fuesen, pues tan prontamente la habian obedecido, cuando los convidó á alabar al Altísimo. Hízolo así la dulcísima Madre; luego se desapareció aquel ejército de pescados, y el mar quedó en leche, y muy

¹ Matth. XXIV, 35.

tranquilo, sereno y lindo; con que prosiguieron el viaje, y en pocos dias llegaron á desembarcar en Éfeso.

373. Salieron á tierra, y en ella y en el mar hizo grandes maravillas la gran Reina, curando enfermos y endemoniados, que llegando á su presencia quedaban libres sin dilacion. No me detengo á escribir todos estos milagros; porque seria menester muchos libros, y mas tiempo si hubiera de referir todos los que María santísima iba obrando, y los favores del cielo que derramaba en todas partes como instrumento y dispensera de la omnipotencia del Altísimo. Solo escribo los que son necesarios para la Historia, y los que bastan para manifestar algo de lo que no se sabia de las obras y maravillas de nuestra gran Reina y Señora. En Éfeso vivian algunos fieles que desde Jerusalem y Palestina habian venido. Eran pocos; pero en sabiendo la llegada de la Madre de Cristo nuestro Salvador, fueron á visitarla, y á ofrecerla sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentacion ni comodidades temporales, eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivian solas sin compañía de varones. Ellas se la ofrecieron por disposicion del Señor con caridad y benevolencia. Y reconociendo su habitacion, interviniendo en todo los Ángeles, señalaron un aposento muy retirado para la Reina, y otro para san Juan. Y en esta posada vivieron mientras estuvieron en aquella ciudad de Éfeso.

374. Agradeció María santísima este beneficio á las vecinas y dueñas de la casa. Y luego se retiró sola á su aposento, y postrada en tierra como acostumbraba para hacer oracion, adoró al ser inmutable del Altísimo, y ofreciéndose en sacrificio para servirle en aquella ciudad, dijo estas palabras: *Señor Dios omnipotente, con la inmensidad de vuestra divinidad y grandeza llenais todos los cielos y la tierra¹. Yo, vuestra humilde sierva, deseo hacer en todo vuestra voluntad perfectamente en toda ocasion, lugar y tiempo, en que vuestra providencia divina me pusiere; porque Vos sois todo mi bien, mi ser y vida; á Vos solo se encaminan mis deseos y los afectos de mi voluntad. Governad, altísimo Señor, todos mis pensamientos, palabras y obras, para que todas sean de vuestro agrado y beneplácito.* Conoció la prudentísima Madre que aceptó el Señor esta peticion y ofrenda, y que respondia á sus deseos con virtud divina, que la asistiria y gobernarla siempre.

375. Continuó la oracion, pidiendo por la Iglesia santa; y dis-

¹ Jerem. xxiii, 24.

poniendo lo que deseaba hacer, y ayudar desde allí á los fieles. Llamó á los santos Ángeles, y despachó algunos para que socorriesen á los Apóstoles y discípulos, que conoció estaban mas afligidos con las persecuciones que por medio de los infieles movia contra ellos el demonio. En aquellos dias san Pablo salió huyendo de Damasco por la persecucion que allí le hacian los judíos, como él lo refiere en la segunda á los Corintios, cuando le descolgaron por el muro de la ciudad¹. Para que defendiesen al Apóstol de estos peligros, y de los que prevenia Lucifer contra él en la jornada que hizo á Jerusalem, envió la gran Reina Ángeles que le asistieron y guardaron; porque la indignacion del infierno estaba contra san Pablo mas irritada y furiosa que contra los otros Apóstoles. Esta jornada es la que el mismo Apóstol refiere en la epístola *ad Galatas*², que hizo despues de tres años, subiendo á Jerusalem á visitar á san Pedro. Estos tres años dichos no se han de contar despues de la conversion de san Pablo, sino despues que volvió de Arabia á Damasco. Y aunque esto se colige de el texto de san Pablo; porque en acabando de decir que volvió de Arabia á Damasco, añade luego, que despues de tres años subió á Jerusalem; y si estos tres años se contasen de antes que fuera á Arabia, quedaba el texto muy confuso.

376. Con mayor claridad se prueba esto del cómputo que arriba³ se ha hecho desde la muerte de san Estéban, y de esta jornada de María santísima á Éfeso. Porque san Estéban murió cumplido el año de treinta y cuatro de Cristo (como dije en su lugar), contando los años desde el mismo dia del nacimiento; y contándolos del dia de la circuncision, como ahora los computa la santa Iglesia, murió san Estéban los siete dias antes de cumplirse el año de treinta y cuatro, que restaban hasta primero de enero. La conversion de san Pablo fue el año de treinta y seis, á los veinte y cinco de enero. Y si tres años despues viniera á Jerusalem, hallara allí á María santísima y á san Juan; y él mismo dice⁴ que no vió en Jerusalem alguno de los Apóstoles, mas que á san Pedro y Santiago el Menor, que se llama Alfeo: y si estuvieran en Jerusalem la Reina y san Juan, no dejara san Pablo de verlos, y tambien nombrara á san Juan á lo menos; pero asegura que no le vió. Y la causa fue, que san Pablo vino á Jerusalem el año de cuarenta, cumplidos cuatro de su conversion, y poco mas de un mes despues que María santísima partió á Éfeso entrando ya el quinto año de la conversion del Apóstol, cuando los otros Apóstoles, fuera de los dos que vió, estaban ya fuera de Jerusalem,

¹ II Cor. xi, 33. — ² Galat. i, 18. — ³ Supr. n. 198. — ⁴ Galat. i, 19.